quidades, su muerte llena de angustias, y su eternidad llena de desesperacion.

¡Desgraciado el sacerdote que hace y se forma un hábito esterior de las funciones de su ministerio! porque el tal se fastidiará de Dios, y sus acciones serán sin fruto.

El sacerdote esclama: ¡el mundo! ¡el mundo! y el tiene el mundo en su corazon: esto es una grande miseria y una grande ceguedad.

El sacerdote recuerda sin cesar los tiempos de la primitiva iglesia, y el no vive como los cristianos de entónces: esto es una contradiccion y una mentira.

¡Desgraciado el sacerdote que dice y no hace! porque será para muchos un objeto de escándalo.

¡Desgraciado, desgraciado el mundo por causa de los pecados del sacerdote! porque arrastrará muchos en su ruina.

Mas el buen sacerdote será colocado delante de los ángeles, y aquellos á quienes ha causado la salvacion le obsequiarán en el cielo.

Cuando Dios quiere castigar á un pueblo, le envia sacerdotes tibios y perezosos; y cuando quiere enzalzar á una nacion, multiplica en ella los sacerdotes de fé y de oracion.

XXXVI.

A los obispos.

Cuando Jesucristo instituyó su iglesia, la formó segun el modelo de la del cielo; estableció ciertos grados, para que el hombre pudiese subir mas fácilmente hasta llegar á el; en cada uno de estos grados puso hombres revestidos de su poder; y cuanto estos grados se acercan mas á el, tanto mas estenso es el poder que comunica.

En la iglesia de Dios hay siete grados, y cada grado es representado por un órden; sobre la tierra hay siete órdenes, como en el cielo hay nueve coros de ángeles; y los órdenes que componen la gerarquia de la iglesia, son como los coros de los ángeles de la tierra.

En la iglesia hay templos; en los templos hay un altar; en este altar se cumplen misterios inefables; y en el tabernáculo que está sobre el altar hay, bajo la forma comun de pan que comemos todos los dias, cierta cosa de divino que los ojos no pueden ver que la mano no puede tocar, que el espíritu no puede comprender, y que escapa á todos nuestros sentidos á fin de no ser sencible sino á nuestro corazon.

Y el tabernáculo del altar es el asilo de todas las alegrias del alma, el foco de todas las luces del espíritu, la fuente de todos los santos amores del corazon, la reunion de todos los deseos piadosos, y el fin de todas las esperanzas: todos los pensamientos y todos los sentimientos que quieren volar mas arriba de la tierra, se paran allí un instante para descansar y tomar fuerzas, como el águila antes de perderse en las nubes, descansa en el aire sobre la cima inacesible de una roca.

Allí los hombres encuentran á los ángeles, y hablan con ellos de las felicidades del cielo; allí los llantos del destierro se unen á las alegrias de la patria, y las alegrias del cielo se unen á los dolores suplicantes de la tierra; allí los recuerdos de los que ya no ecsisten encuentran las esperanzas de los que todavia viven; allí las amistades se purifican, las pasiones se refinan, los ódios se borran, los pensamientos se elevan, los corazones se ensanchan para conceder paso á la inmensa caridad que alli hábita; allí las almas se abrazan, los ángeles del cielo y los ángeles de la tierra se enlazan con osculos santos; y el hombre embriagado de delicias y de amor duerme sobre el corazon de Jesus y de la iglesia: aquel es el lugar mas elevado de la tierra, un paso mas alto es el cielo.

Estos siete órdenes conducen al altar, y están ocupados al rededor del tabernáculo; y á proporcion que estos mismos órdenes se acercan mas á dicho tabernáculo, mas se multiplica el poder: el último grado tiene tan grande estension, que es preciso se divida en dos para llenar debidamente todas sus funciones; y por esta razon el septimo grado comprende á los sacerdotes que tienen una parte del sacerdocio de Cristo, y á los obispos que tienen la plenitud.

No hay sacerdocio donde no hay tabernáculo ni sacrificio, y los que han negado el sacrificio han negado el sacerdocio: para estos el templo no es mas que una casa ordinaria, los sacerdotes no son mas que hombres, y segun ellos el corazon no puede participar en el altar ni del sacrificio ni de los santos ofrecimientos de la caridad.

Los obispos son los querubines de la iglesia; estos son, los que colocados mas cerca del corazon y del espíritu de Cristo, toman alli la luz y el amor y lo distribuyen á los sacerdotes, para que estos por toda la tierra alimenten las almas que tienen hambre de fé y de caridad.

Y los obispos se llaman así, porque colocados en un grado emi-

nente, su mirada se estienda sobre todo el rebaño que les está confiado, y su corazon pueda abrazar con su caridad toda la iglesia de Dios.

Todo es simbólico en sus ornamentos, y todo espresa ó su poder ó los deberes que su poder les impone. Llevan sandálias en sus pies, para que se acuerden que no deben marchar sobre la tierra, sino que sus caminos son mas altos. Llevan guantes en las manos, para que se acuerden que no deben tocar las cosas del siglo. El báculo pastoral significa que son pastores de los pueblos, y que deben alimentarles de verdad y de amor. El anillo que brilla en su dedo, es una señal de su matrimonio con la iglesia. Y los obispos están sentados sobre un trono, porque gobiernan espiritualmente á los pueblos; y por todas partes por donde pasan, su mano se abre para bendecir, porque son los dispensadores de las gracias y de la caridad de Cristo.

Ellos son los sucesores de los apóstoles, y deben heredar su vida y su espíritu como su poder: y el mundo no creería su poder, si su origen divino no estuviese confirmado con milagros de fé, de sacrificio y de amor; porque el hombre que no cree, pide milagros que hieran su espíritu, ó que esciten su corazon, y que le obliguen á esclamar: Dios está allí, el hombre solo no puede hacer cosas semejantes.

Los obispos de los primeros siglos hacian revivir á los apóstoles en ellos mismos; su espíritu era un foco de luz, su corazon era un foco de amor, su cuerpo era un foco de dolor, y el solo pensamiento del martirio hacia que sus almas y su carne se llenasen de esperanzas y de dichas.

Jamás el mundo hasta entónces habia visto una tan grande reunion de virtudes, corazones tan amplios, cabezas tan fuertes, caractéres tan vigorosos, almas tan tiernas, ni vida tan pura: jamás habia visto tanto olvido de sí mismo, tanto desinteres en el sacrificio, tanta estension en la caridad; y toda la vida de aquellos hombres era un milagro de sacrificio y de amor, terminado por un milagro de paciencia y de fé

Y uno solo de aquellos hombres era suficiente para ilustrar todo un siglo y toda una nacion: su nombre era infinito, y no hay ciudad episcopal que no haya sido ilustrada con la vida ó con la muerte de algunos de aquellos obispos.

Ellos eran todo para todos; su pensamiento iba desde la tierra al cielo; su amor venia de Dios á los hombres, y volvia de los hombres á Dios; su corazon, siempre abierto en toda su espansion, solo aspiraba á lo que era grande, á lo que era hermoso, á lo que era santo y divino; ellos eran los hombres de Dios y de los pueblos; tenian un brazo en el cielo y otro sobre la tierra; eran finalmente los consejeros de los pueblos, los depositarios de sus secretos, los confidentes de sus dolores, los intérpretes de sus llantos y de sus súplicas cerca de Dios y cerca de los reyes de la tierra: los intereses de la iglesia no les hacia descuidar los de las naciones de que eran pastores; y sabian que amar á los pueblos y sacrificarse por ellos, es agradar á Dios y glorificar su iglesia.

Su caridad multiplicaba el tiempo; su espíritu se dedicaba á la ciencia, su alma á la oracion, su brazo á la accion, su cuerpo al sufrimiento, y todo su ser á Dios: y mientras que su espíritu pensaba, su alma oraba; y mientras que su cuerpo sufria, su brazo obraba; el estudio no perjudicaba á la oracion, y el dolor no les impedia obrar, porque Cristo vivia en ellos.

El pobre hallaba, en la casa de aquellos obispos, limosnas que no le humillaban; el débil hallaba en cada uno de ellos un apoyo, el vicio un censor, la virtud un guia y un testigo. Ellos se ponian como un muro entre el opresor y el oprimido; ellos tomaban en sus manos los derechos y las libertades de los pueblos; y muchos de ellos fueron mártires por haber tenido demasiado ánimo, y demasiada fortaleza contra los tiranos.

Los apóstoles debian predicar el Evangelio á un mundo corrompido por el lujo, pervertido por el egoismo, debilitado por el deleite y asolado por el abuso de la ciencia. Cristo no les dijo, „para atraer á la simplicidad de la vida cristiana á los hombres corrompidos por el lujo y por el amor del bienestar, conformaos con sus hábitos esteriores; y por no horrorizar y espantar al rico que nada en las delicias, vosotros aparecereis ricos y suntuosos como el;" sino que les dijo: „Ved aquí mi cruz, tomadla y marchad; el rico y el pobre, el sábio y el ignorante, los reyes y los vasallos serán convertidos por ella: con esta cruz vencereis al mundo, destruireis el lujo, debilitareis el deleite, sufocareis el egoismo, y abatireis el orgullo."

Pastores de la iglesia de Cristo, no es por el lujo y por el resplandor esterior, por el que debeis sostener y hacer respetable á los ojos del mundo un poder y una dignidad que no son de este mundo: y si el fausto es necesario é indispensable á los que no son mas que los representantes de Cristo ¿de qué resplandor devió estar rodeado el mismo hijo de Dios, cuando se dignó descender á los hombres y habitar entre ellos?

No temais disminuir el precio de vuestra presencia, prodigándola á los fieles. Las sonrisas y las ternuras de una madre están siempre presentes al corazon de sus hijos, y cada dia les dá nuevos encantos. Jesucristo todos los dias desciende sobre el

altar, y por eso el altar no deja de ser amado y precioso á los corazones de aquellos que creen.

No permitais que la adulacion condense al rededor de vosotros sus nubes de incienso, no sea que no podais ver vuestra nada, y una tentacion os haga creer que sois alguna cosa.

No permitais que aquellos que os están sumisos, os testifiquen su respeto y obediencia con aquellas fórmulas que dispiertan la vanidad del que las acepta, y que disponen á la bajeza ó á la hipocresía al que las emplea.

A los sacerdotes que gobiernan bajo vuestra autoridad dejadles la libertad suficiente para que puedan trataros con franqueza, y conocereis mejor sus disposiciones y su carácter: conocereis entónces mejor que puesto y que funciones les convienen; porque los obispos que son demasiado ecsijentes sobre el respeto que se les debe, y que ponen siempre su dignidad por delante, pocas veces conocen la verdad; y mientras que ellos mismos están creidos que gobiernan, sin saberlo son gobernados por los que les adulan, y vienen á ser el juguete de mil intrígas que se cometen al rededor de ellos sin su noticia.

Los obispos deben enseñar y juzgar; ellos son los que guardan la fé y la doctrina de la iglesia. La cátedra y el altar, he aquí los dos símbolos los mas elevados y encumbrados del cristianismo. En la cátedra se distribuye el Verbo divino á los hombres bajo la forma de la palabra humana, en el altar se comunica á los mismos bajo la forma de pan que les alimenta; allí alimenta su espíritu con la verdad, aquí sacia su corazon con el amor. La vida de un obispo debe partirse entre la cátedra y el altar, y todo el tiempo que ocupe en otra cosa será sin gozo para su alma.

No hace mucho tiempo que todos los pueblos de la Europa hablaban á Dios la misma lengua, le esponian sus necesidades, le espresaban su amor, y le pedian sus gracias en los mismos términos. Cuando entraban en la casa del Señor para orar, desaparecian todas las diferencias de lengua, de pais y de clima, ninguna otra cosa quedaba al pie del altar que el hijo cristiano de Dios y de la iglesia.

El hombre del norte derramaba su alma en la oracion como el de el mediodia; el que habita los paises donde nace la aurora no ignoraba las súplicas de los pueblos á quienes el sol ilumina con sus últimos rayos; en estas oraciones habia un perfume de fé y de caridad que embalsama el alma, un sabor del cielo que era y las hacia mas dulces que la miel; los santos en la patria celestial, al oir las tales oraciones reconocian ser las mismas con que ellos habian orado durante su destierro en esta vida, y las mismas conque ellos habian santificado sus almas, y por lo mismo se inclinaban con mas amor hácia los que de tal suerte oraban; el Espíritu Santo reconocía ser las mismas súplicas que el habia inspirado, y que los santos mártires ó Pontífices habian pronunciado en un estásis de esperanza y de amor; y semejantes oraciones iban mas derechamente y con mas prontitud al corazon de Dios, porque desde muchos siglos conocian el camino del cielo, y porque habian pasado mil y mil veces por el corazon y la boca de los escogidos de Dios.

En la clase de oraciones y súplicas habia una tradiccion como en la fé de que son la espresion; en cada súplica se podian contar las generaciones que la habian usado; y atravesando los siglos, se encontraba algun santo Obispo ó algun gran Papa cuya alma la habia espresado por primera vez.

Mas ¡hay! que no es así en el dia: el mal es tan grande en una parte de la iglesia, que el hermano que vá á visitar á un hermano no puede unir su oracion á la suya; porque las súplicas, apartándose del corazon de la iglesia, se hacen pedazos en mil partes como si fuesen de vidrio, y apenas pueden hoy reunirse los fracmentos separados.

Yo he visto todavia otro mal entre los sucesores de los apóstoles: yo he visto Obispos que se han hecho hombres de partido, y que han comprometido la iglesia eterna de Cristo, queriendo aprisionarla á las fórmulas estrechas y variables de los gobiernos de la tierra, ó ligándola como una cautiva á las afecciones de su alma y á las esperanzas de su corazon.

Sed apóstoles con el corazon y con la vida, ¡o vosotros que gobernais la iglesia de Dios! Guardad cuidadosamente el depósito de la fé que se os ha confiado; amad la unidad; haced que vuestros pensamientos y vuestras esperanzas se dirijan frecuentemente hácia la silla donde está sentado vuestro gefe, y de donde vienen vuestro poder y vuestra fuerza. Vuestra sumision al sucesor de Pedro dispondrá y hará que os obedezcan los sacerdotes y los fieles á quienes gobernais; vosotros no podreis quejaros de su indocilidad, si vosotros mismos les dais ejemplo con vuestra conducta hácia aquel que es vuestro pastor y suyo.

Vuestra fuerza está allí, como lo está vuestro principio y vuestro centro; teneos allí fuertemente, y sereis constantes é inalterables. Mas si dejais que se aflogen las ligaduras que os ligan al centro de la unidad cristiana, vuestro poder se debilitará, el respeto á vuestra autoridad se disminuirá entre los pueblos; y por no haber querido humillaros delante de aquel que posee la suprema autoridad en la iglesia, os vereis obligados á humilla-

ros delante de los príncipes de la tierra, quienes despreciarán todos vuestros derechos.

Siempre que los Obispos se han separado de su centro, han venido á ser esclavos del poder secular: todo lo que ha separado de la silla de Pedro, todo ha sido consumido por la autoridad temporal: en ninguna parte ha sido tan grande el poder episcopal, ni se ha egercido tan libremente como donde ha estado apoyado sobre la piedra sobre la cual Jesucristo edificó su iglesia.

Mirad al rededor de vosotros, y ved si hay una humillacion igual á la de aquellas iglesias que se han separado del centro de la unidad: si hay un abatimiento semejante á la caida de aquellos Obispos, cuyo poder no ha sido sostenido por la suprema autoridad del Obispo de Roma.

¿Qué se han hecho aquellas iglesias ilustradas por las virtudes y el ingenio de los Atanasios, de los Basilios y de los Crisóstomos? Ya no son mas que ruinas donde el despotismo y la barbárie han establecido su nido, como los pájaros nocturnos que buscan un asilo en los paredones abandonados: el cisma que despedazó el seno de la iglesia y quebrantó su unidad amenaza hoy el reposo de la Europa, y se ha proclamado abiertamente el enemigo de todos los derechos y de todas las libertades de las naciones.

No seais ignorantes de la historia de vuestro pais, ni esteis indiferentes á su gloria; aspirad á todo aquello que hay de grande en las ideas que la gobiernan, á todo aquello que hay de santo en sus deseos, de divino en sus instintos, y de legitimo en sus esperanzas.

Haced que el órden halle siempre en vosotros un apoyo; que todos los derechos os sean preciosos; que todas las libertades os sean amadas; que el despotismo, de cualquiera parte que venga, halle siempre en vosotros una barrera inespugnable; que la injusticia y la violencia se hagan pedazos contra vosotros, como las olas del mar contra el dique que detiene su furor.

No permitais que vuestros pensamientos se mezclen en las cuestiones inciertas de la política; sino conducidlas vosotros mismos á aquellas cuestiones que no dependen del tiempo ni de los hombres, y que son propias de todos los paises y de todos los siglos, porque por todas partes y siempre interesan á la gloria de Dios y de la iglesia, al reposo de la sociedad, y á la dicha de los pueblos.

No permitais que vuestras esperanzas se pongan sobre los hombres, ni hagais que vuestro ministerio sea cómplice de los afectos aun los mas legítimos de vuestro corazon. Dejad pasar á los

hombres, fijaos en las cosas, y no confundais jamás lo uno con lo otro. Que el ruido de los tronos que caen, porque Dios ha quitado su mano de debajo de ellos, no sobrecoja vuestra alma; que el estrépito de las revoluciones no consterne vuestro corazon; y conducios de tal suerte que vuestro ministerio no sufra, y que los hombres de todos los partidos puedan mirarse como vuestros hijos, y estén seguros de hallar en vosotros un padre. No pregunteis á los hombres de que partido son, sino si están de buena fé en aquel que han abrazado, y si no han causado jamás injusticias y violencias á sus contrarios.

Si la independencia y el amor de vuestra patria se hallan amenazados, inflamad vuestro patriotismo con el fuego de la religion. Poned todos vuestros deseos, vuestras esperanzas, y vuestras oraciones de parte de aquellos que combaten por ella: dirigidles vuestra palabra, y animadles con ella. Haced que vuestra voz enardezca su valor y su audacia antes de la batalla, que despierte toda la compasion de sus corazones despues de la victoria, ó les conduzca á la resignacion si los sucesos no han coronado sus esfuerzos.

Hacedlo asi y vuestro ministerio será glorioso á Dios y á la iglesia, útil para todos los individuos de la sociedad, y lleno de consuelo para vosotros mismos: los pueblos os honrarán, ellos como de sí mismos se colocarán bajo de vuestra autoridad, y os dirán: dadnos vuestra bendicion, porque sois nuestro padre.

Los malos os temerán; los buenos os amarán; el rico os respetará; el pobre os invocará; el pecador no temblará delante de vosotros; el justo se sentirá mas piadoso en vuestra presencia; el ignorante levantará los ojos hácia vosotros por ver la verdadera luz; el sábio no os despreciará, porque verá en vosotros cierta cosa mas que la ciencia; los tesoros del rico se inclinarán hácia vosotros, y correrán de vuestras manos á las de los pobres, los reyes os honrarán; todos estarán dispuestos a creer en vuestra palabra, viendo vuestra vida.

Y cuando paseis por las calles, las madres se pondrán de rodillas; os presentarán sus hijos para que les deis vuestra bendicion; y se dirán unas á otras: por hay pasa el hombre de Dios. Todos los rostros se dilatarán: la súplica se conmoverá en todas las almas; una virtud secreta saldrá de vuestra persona; todos cuantos os verán, creerán estar mas cerca de Dios.

Vuestra muerte será dulce, porque vuestra vida habrá estado llena de virtudes. Las oraciones de los fieles no faltarán á vuestra alma, y la conducirán con mas prontitud á aquellos lugares donde no tendreis necesidad de súplicas, sino que vosotros mis-

mos rogareis por los demás. Y desde lo mas alto del cielo velareis todavia sobre el rebaño que os ha estado confiado acá en la tierra; vuestro amor le gobernará; vuestra súplica le atraerá; muchos conseguirán por vosotros su salvacion, y deberán á vuestra caridad la dicha de su vida, la tranquilidad de su muerte, y las alegrias de su eternidad.

XXXVII.

A los esposos.

El matrimonio es el principio de la sociedad, y la familia es el punto céntrico del estado. El matrimonio produce la familia, esta produce la ciudad, de esta procede el estado; esta es toda la genealogía de la sociedad.

Los padres virtuosos hacen las familias virtuosas, estas hacen las poblaciones sábias y florecientes, y las poblaciones donde reina el santo temor de Dios forman los estados durables y bien construidos.

Los padres viciosos hacen las familias corrompidas, de estas vienen las ciudades sin costumbres y sin probidad, y las ciudades donde reina el libertinage forman los reinos sin gloria y sin porvenir.

Pocas personas comprenden estas cosas; y por esto es porque los malos matrimonios corrompen el estado, destruyen la iglesia, y disminuyen el número de los escogidos.

Casi todos se buscan á sí mismos en el matrimonio, y por esto muchos se pierden.

Este se casa con el cuerpo de su muger: el ama la regularidad de sus facciones, el calor de su rostro, el fuego de sus miradas, ó la dulzura de sus sonrizas; y todo esto es una locura inconcebible, porque el tiempo come el color del rostro, desfigura las facciones, oscurece y apaga las miradas, y ahoga las sonrisas, y el hombre no halla otra cosa en la muger que le sedujo. El lleva entónces á otra parte su corazon y su amor, y esta es la causa de los grandes escándalos que ocurren y se ven tan frecuentemente en el mundo.

Aquel se casa con el dote que le lleva su muger, vendiéndose este tal como una mercáncia; y esta es la mas grande corrupcion de la dignidad del hombre.

Aquel otro se casa con el nombre que lleva su muger, llamando á esto nobleza; y creeria hacer un mal casamiento si escogiese por

compañera aquella que no tuviese otra nobleza que la sangre de Jesucristo.

Toda esta clase de hombres son dignos de la mayor compasion, porque no tienen entendimiento, y porque no está en ellos el espíritu de Cristo.

¿A donde está el hombre, ¡ó Dios mio! que se case por hacer vuestra voluntad, por enriquecer á su patria con buenos ciudadanos, por aumentar el número de los fieles de la iglesia, y el número de los escogidos en el cielo?

No os admireis de los escándalos que asolan y destruyen el mundo; porque los hombres, cuando se casan, tienen su pensamiento separado de Dios.

Yo miro al rededor de mi, y no veo otra cosa que adulterio y libertinage; porque los hombres se casan, como si solo constasen de carne.

Yo miro por encima de mi, y veo que Cristo ha hecho con su sangre un Sacramento del matrimonio, y digo: ¡desgraciado el mundo por causa del sacrilegio!

Yo he visto el aposento de los esposos que no temen á Dios; y viendo su lujo y su elegancia mundana, he comprendido que solo el placer tiene alli su morada, y que no conocen otra cosa.

Yo he visto el aposento de los esposos cristianos. Allí todo es simple, modesto, grave y austéro: la imagen de Cristo está colocada cerca de su lecho, como un testigo de quien no temen sus miradas, y he juzgado que el deber habita en aquel lugar.

El orgullo, el egoismo y la ambicion han apartado al matrimonio de su verdadero fin, y disminuido el número de los hijos en las familias, han disminuido el número de los cristianos en la iglesia, y el de los escogidos en el cielo.

Las pasiones malas del corazon, y las inclinaciones deprabadas de la carne se han dado la mano: han hecho un pacto entre sí, y han jurado favorecerse mútuamente. El hombre ha hallado el medio de satisfacer los apetitos desarreglados de su cuerpo, sin desordenar ni descomponer los cálculos culpables de su ambicion y de su codicia. Esta es la causa de haberse llenado el santuario de las familias de prostituciones y de pecados.

Esposos, sed fieles á la muger que Dios os ha dado; porque no hay mas que una verdad, una fé, un bautismo, y una iglesia.

Esposas, sed fieles á vuestros maridos; porque no hay mas que un Dios y un Cristo, el cual ha muerto por todos, y á todos ha redimido.

Esposos, amad á vuestras esposas, porque Cristo ama á su iglesia; y tratadlas con pudor, con modestia, y con temor de Dios.

Acordaos que la union del hombre y de la muger significa la union de Cristo y de u iglesia, y no querais que represente la union de Satanás con la iglesia de los perversos.

Haced que vuestro amor sea casto y puro, y que la modestia acompañe todas vuestras caricias.

Guardaos de abrir el corazon de vuestra muger al vicio, y su cuerpo al pecado; porque el hombre que profana el corazon de su esposa, y mancha su cuerpo, hallará en ella la infedelidad.

Marchad en la presencia de Dios, y no pecareis; antes bien guardareis vuestra alma en paz, y vuestro cuerpo en castidad.

Los esposos libertinos comunican á sus hijos una sangre pobre, y una carne llena de molicie; y los hijos espian en sus cuerpos los vicios de sus padres.

Por el contrario, los esposos castos y temerosos de Dios dejan á su posteridad una sangre pura y abundante, y una carne fuerte y sana; y la bendicion del Señor penetra hasta los huesos de los hijos que han sido concebidos en el temor santo de Dios.

XXXVIII.

A los padres y á las madres.

El Padre no debe vivir confiado,hasta que la voluntad de su hijo esté fortificada en el bien; y el ojo de la madre no debe entregarse al sueño, hasta que Dios haya sacado á su hija de debajo de su proteccion.

El padre no debe decir: mi hijo será como yo. La madre no debe decir: yo haré con mi hija. lo que mi madre ha hecho conmigo. Los tiempos han combiado en un todo; y la precosidad ó anticipacion del pensamiento ha multiplicado los peligros de la infancia, y los lazos de la juventud.

Los padres que crian à sus hijos en la molicie preparan la ruina de su alma, y los vicios del hombre han tomado mas de una vez su fomento ó germen en la cuna.

La educacion toda entera parece una conjuracion contra el alma y contra el cuerpo del hombre; y los padres crian mal á sus hijos, porque se aman á sí mismos, y porque no tienen el espiritu de Dios.

La tierra se destruye y arruina por el amor malo y perverso de los padres; y todo se hunde y se aploma en el hombre cuando sus primeros afectos se forman fuera de Dios.

El carácter del hombre no tiene fuerza ni vigor, por haber sido criado en la idolatria; y el culto ó temor del hombre impele la naturaleza humana hácia el mal, porque sus primeros amores se han separado de su fin.

La fé desfallece y falta sobre la tierra, porque no ha cubierto con su sombra la cuna del niño; y el amor á la pátria disminuye entre los pueblos, porque la familia se ha apoderado de los primeros afectos del corazon,

Los cuerpos están sin fuerza, los corazones sin ánimo, y las voluntades sin energia; porque las caricias de los padres han derretido el alma de los hijos, y han hecho insípido su carácter.

El hombre viene al mundo libre y desnudo; y apenas nace, cuando le aprisionamos con las envolturas que sujetan sus miembros.

Las falsas ternuras de la madre escitan en él los caprichos antes que la voluntad; y las debilidades del padre le acostumbran á que cuente mas bien con la debilidad del hombre que con su fuerza.

Su estómago es irritado antes de tiempo con manjares que le enardecen, y no conoce otra regla que los apetitos aparentes y fingidos de un paladar desgastado y estenuado.

Su pecho, que no respira sino el aire emponzoñado de los salones, enferma bien pronto; y su vista, que no ve otra luz que la de las bugias, se apura y consume.

El cuerpo que no se egercita por fuera, se replega sobre sí mismo; y la molicie y la ociosidad de los miembros, obligan á los órganos á un esceso de trabajo y de actividad.

El aire detenido en las entrañas de la tierra se inflama con facilidad, porque le falta la renovacion; y nuestras pasiones se encienden con prontitud, en aquel cuerpo no renovado por el egercicio.

Las madres, contrariando á la naturaleza, agotan y consumen en su seno los principios de vida que la mano de Dios ha hecho salir de allí; y conducen á sus hijos á otros principios diferentes de vida. Y frecuentemente los niños son entregados al pecho de una muger estraña, y beben con su leche las enfermedades de su cuerpo; y lo que es todavia peor, los vicios de su alma.

Y el primer cultivo del espíritu se confia á unas mugeres sin cultivo; y el tierno cuerpo del niño es entregado al contacto inconsiderado, y á las caricias sin precaucion de aquellas personas que no saben respetar la infancia.

La aurora del entendimiento es ocultada bajo las nubes espesas de la preocupacion; y las primeras impresiones de su alma son deseos sin objeto, temores sin fundamento, y esperanzas sin fin.